

Hoy hace exactamente cien años que nació mi madre, a la que se ve aquí conmigo en blanco y negro, yo de año y pico, allá por el año del señor de MCMLXII, en Tarragona, en una casa en la que veraneábamos entonces, cerca de la estación y debajo de ese Balcón del Mediterráneo, en el que tantas veces nos hemos fotografiado (ya en color) y desde el que mi tío paterno contaba que se tiraban los significados políticamente cuando avanzaban los nacionales sobre Cataluña, a finales del 38 y principios del 39, tras el fiasco de la Batalla del Ebro. Mi madre era zaragozana, de lejanas raíces vascas, de ahí el Ratia, y yo solía decirle en broma que era de antes del descubrimiento de la tumba de Tutankamón, lo que no le hacía mucha gracia. Se había curtido de joven bajando a los refugios antiaéreos, y tirando de un hermano con discapacidad, como se dice ahora, cuando los “moscas” republicanos bombardeaban la capital aragonesa. Acabada la guerra, sacó plaza en Hacienda y allá que se fue al Teruel siberiano del año 40, del gasógeno y las tuberías congeladas, a trabajar como administrativa, lo que haría después durante 45 años, la mayor parte en Zaragoza. Madrugadora, animosa, alegre siempre, puntual y puntillosa funcionaria, generosa con los familiares y amigos en apuros, visitadora de enfermos, ayudadora infatigable de sus hijos, cocinera, gobernanta y ama de casa, sufridora por los numerosos desaires con que tan a menudo se paga la generosidad, madre amantísima, incluso demasiado, esposa impaciente de ávido lector represaliado, ilusionada y después desengañada, incluso de los curas, resignada anciana de manta y televisión, que esperaba de la vida más de lo que esta pudo darle, quizás. Madre, en definitiva, como tantas, en aquellos años de mármol, sacristías y autarquía, que fueron una fábrica de silencio espeso y de padres talluditos, como los míos. Sobre un padre uno puede escribir un poema, quizás, sobre una madre no bastaría una enciclopedia.